

LOCO AMOR

I

¡Qué triste no ver los campos
que yacen bajo la nieve!
¡Qué alegría la nevada
sobre los campos que duermen!

Mi loco amor ha salido
y los caminos se pierden...

II

¡Qué suplicio no saber,
cuando de amor desfallece,
enlazar el corazón
al corazón que nos quiere!

¡Qué dolores da la abierta
herida de amor perenne,
dolores que se bendicen
entre congojas de muerte!

III

Mi loco amor ha salido
y los caminos se pierden...

Si buscas fuego que espante
ese frío en que te mueres
¿a dónde vas, amor mío,
marchando sobre la nieve?

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

Hablar por Hablar

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS



OR fin había roto con su novio como se había propuesto. Un paso duro, ciertamente, pero la realidad se imponía. Jorge desde luego era buen chico, personalmente no le reprochaba nada y la culpa de todo era de las dichas circunstancias. Le conocía de siempre, los dos moraban en aquel suburbio, donde ambos creyeron vivir felices hasta ahora que ella comprendía el drama, su drama, de los infelices sin recursos. La historia de su noviazgo era corta, vulgar y comprometedor. De todos los chicos de su barrio a Elena le atraía particularmente Jorge, jugaban juntos y se había establecido entre ellos un tácito acuerdo de concesiones y complacencias. Y esta amistad infantil se trocó lógicamente, por deslizamiento de su voluntad en amor al llegar a la adolescencia. Elena había nacido en una familia humilde de un obrero de la construcción, prolífico en demasía donde ni el pan se comía en abundancia. De pequeña, viviendo en aquel arrabal, entre seres de su misma condición, pensaba que aquel mundo de privaciones y sinsabores, era común para todos. Más tarde estos pensamientos ferozmente estáticos durante tanto tiempo se vinieron ruidosamente abajo. La cosa ocurrió cuando todos los hermanos se desperdigaron del hogar para traer recursos económicos a la casa que los necesitaba con urgencia. Mejor o peor se las agenciaron para procurarse un oficio modesto, trabajoso y mal pagado, pero había que vivir como fuese. Elena estuvo de aprendiz en una peluquería de señoras hasta que dominó el oficio lo suficiente para lanzarse por su cuenta. Primero ensayó en las cabezas de sus vecinas del arroyo sin exigencias, conformistas con todos los peinados que salían de las manos de Elena, que además no les cobraba gran cosa. Pero Elena era habilidosa, fantástica y empezó a cogerle cariño a una profesión para la que estaba bien dotada. Del suburbio de casa en casa pasó al centro de la ciudad, trabajando con tesón, sin desgana, horas y horas de pie, subiendo escaleras, riendo sin ganas... Dejó a sus antiguos clientes pobres y se dedicó ahora a estas nuevas, medio burguesas que la pagaban mejor. De este modo entró en un mundo desconocido para